

Prólogo a la primera edición

Los prólogos constituyen, ciertamente, un género literario en decadencia, y no es difícil comprender por qué. Por lo pronto, y dejando a un lado razones contraculturales de más fuste, impacientan tanto al autor cuanto al lector de un libro. Al primero, porque sin duda tendrá prisa —aun si el pudor le impide confesarlo— por decir lo que haya de decir en el resto del libro. Al segundo —sobre cuya prisa por zambullirse en el texto subsiguiente no hay que hacerse ilusiones— porque cualquier prefacio habrá de parecerle, en el mejor de los casos, ocioso y redundante. Comoquiera que sea, las que a continuación se formulan son tan sólo unas cuantas aclaraciones (todas ellas, por descontado, de intención descaradamente apologética) a cuya tentación no me he sabido resistir, por lo que doy en presentarlas como imprescindibles.

Mi editor —y, sin embargo, amigo— Jesús Aguirre se permitió hace algunos años anunciar en esta misma colección, con evidente desenfado, la aparición de un libro mío que llevaría por título el de *Adversus positivistas* y que a la sazón no estaba concluido, como no lo está aún por el momento. Habida cuenta de la radical inconclusión de toda obra filosófica, no me creo obligado a ofrecer especiales excusas por un retraso tal en el cumplimiento de mis compromisos editoriales. Mas si me preguntasen los motivos por los que no he podido concluir aquélla hasta la fecha (ruego al lector condescendiente se sirva hacerme la pregunta aun cuando la respuesta no le inquiete gran cosa), respondería (gracias) que el principal motivo ha sido

la frecuente vacilación a que —a lo largo de esos años— se han visto sometidas mis opiniones sobre una serie de materias filosóficamente relevantes para la discusión contemporánea del positivismo, como es el caso de la ética, la epistemología o la metafísica. A título de testimonios de esa vacilación han ido apareciendo aquí y allá algunos trabajos que podrían pasar por borradores de mi libro. Y así como cuando se trata de autores importantes de obras importantes lo más normal es que éstas se publiquen primero y sólo luego, póstumamente muchas veces, los borradores de esas obras, cuando ni la obra ni el autor son importantes bien pudiera ser invertido dicho orden. El presente volumen no es, en efecto, sino una colección de varios de esos trabajos, especialmente relacionados en este caso con cuestiones de filosofía moral, cuyo carácter tentativo, balbuzeante y perfunctorio tal vez suscite irritación en quienes gusten de afirmaciones con más sólidos y seguros fundamentos. Mas, como las desgracias no vienen nunca solas, *La razón sin esperanza* inaugura una trilogía y le habrán de seguir en breve los volúmenes —de características similares— *A ciencia incierta* y *De lo divino y lo humano*, que respectivamente coleccionan otros tantos conjuntos de trabajos relacionados con cuestiones de filosofía de la ciencia y filosofía de la religión o teología. En mi descargo, puedo decir que no me habría decidido a reunirlos si un grupo de amigos —entre los que destaca Alfredo Deaño, que ha llegado a erigirse en una especie de apremiante superego a este respecto— no me hubiera hecho objeto en tal sentido de una presión afectuosa, a menudo insistente y en cualquier caso digna de mejor causa. Lo cierto es que ella ha sido la razón más que suficiente de este libro y de los que le sigan, puesto que, en definitiva, uno escribe por y para los amigos, y la Humanidad únicamente le interesa en tanto que congregación de infinitos amigos potenciales.

Entre tales amigos se cuentan, de modo muy particular, aquellos críticos que —distrayéndose de empresas de más envergadura— han tenido a bien prestar cierta atención a tal o cual punto de vista sustentado por mí en estas páginas, en las que, a la recíproca, se dialoga abundantemente con los suyos. Nuestro gremio no se halla en este país demasiado acostumbrado que digamos al ejercicio de la crítica, y mucho menos a su aceptación. Pero a los aprendices de filósofo la crítica podría no sólo deparnos la agradable oportunidad de hablar unos de otros sino también

más de una decisiva contribución al reconocimiento de la propia identidad. De mis trabajos, por ejemplo, ha dicho un crítico benévolo que «muestran más un camino que una solución acabada». Lo habría tomado como un elogio si otro menos piadoso no viniera a decir lo mismo, aun sin nombrarme, cuando sentencia de algunos de los intentos acometidos en este libro que «no parece que hayan conducido a ningún resultado». He de reconocer que un juicio semejante no peca sino de acertado, y que además es extensivo a todo el libro si por resultado se entiende la efectiva resolución de los problemas que se abordan en él. Ya que no para mayores provechos, la filosofía analítica debería haber servido por lo menos para hacernos desconfiar de que con los problemas filosóficos quepa aspirar a tanto como *resolverlos*. Mas conste que tampoco me entusiasma la demasiado cómoda terapia, no menos analítica, que nos invita a contentarnos con *disolverlos*. Si de mí dependiera, yo diría que a lo más que podemos aspirar —y con lo menos que nos podemos contentar— es a *absolvernos* de seguirlos tratando después de haber bregado honradamente con los mismos hasta donde nos lo hayan permitido nuestras fuerzas. Por lo que a mí concierne, sin embargo, prefiero dejar mi absolución en otras manos, en la seguridad de que la penitencia de tener que volver más de una vez sobre problemas que continúan interesándome es una penitencia al fin y al cabo llevadera. En el curso de su tratamiento, esos problemas cambian de faz eventualmente, mostrándonos aspectos antes insospechados. Nos permiten cambiarlos de contexto y extraer de su nuevo emplazamiento nuevas implicaciones. Y nos hacen también cambiar de ánimo a nosotros mismos, aun cuando sea para trocar la claridad en confusión y la ilusión en decaimiento. A falta de otros más sustanciosos, pienso que algunos de esos resultados podrían valer la pena. Y son, por otra parte, ilustrativos de una cierta manera de entender la filosofía sobre la que me gustaría adelantar un par de precisiones. Sin estar convencido de haber hecho ningún mérito para ello, uno acostumbra a aceptar con resignación que se le etiquete de filósofo analítico. De ahí que la trilogía de que este libro forma parte, y en la que la filosofía es ante todo concebida como meditación en torno a la razón, admita de buen grado su catalogación — para expresarlo con palabras de uno de los trabajos que aquí se recogen— como un esbozo de «autocrítica de la razón analítica». Por lo de-

más, no ignoro que mi desaliñada práctica del análisis filosófico puede inducir el día menos pensado a que el *collegium analyticum* me retire la licencia. Pero, si así ocurriera, la verdad es que no sabría dónde meterme, dado que entre nosotros no se tolera fácilmente que alguien haga la guerra por su cuenta y que no me sería más fácil sentar plaza en las filas de las dos o tres tropas filosóficas cuyos banderines de enganche considero con mayor capacidad de seducción de entre los actualmente abiertos en nuestro territorio: dudo que, ni con la mejor voluntad, se me dejara alistarme como filósofo dialéctico; mi escasa propensión al patetismo, o la habituación a disimularla, me impediría pasar por filósofo trágico; y, desde luego, ya no tengo edad para imaginarme travestido de filósofo lúdico.

Afortunadamente, la filosofía analítica enriquece su culto con una amplia variedad de santos patronos a los que poder invocar según la devoción de cada cual. Y, de tener que elegir alguno que otro, me acogería al patronazgo de aquellos que, como Wittgenstein, no sólo dieron fe de que la filosofía es una actividad eminentemente crítica, sino de que la crítica bien entendida —y no digamos la autocrítica, que lo hace por imperativo de la estructura lógica de las tautologías— empieza por uno mismo. Sirva ello a modo de disculpa por la decepcionante circunstancia de que este libro se enderece más a minar la confianza en cualquier género de soluciones, comenzando naturalmente por las de la propia cosecha, que a procurar su afianzamiento. Disculpa que, como todas las no pedidas, entraña sin remedio una manifiesta confesión de culpabilidad.

De las colecciones de trabajos como ésta suelen sus autores decir con indulgencia que «bajo su aparente diversidad subyace una unidad profunda». Mucho me temo que, en mi caso, lo que haya que justificar sea la diversidad, acaso no tan aparente, más bien que la unidad, de por sí bastante obvia. En un cierto sentido, los diversos trabajos recogidos llegan incluso a producir la inquietante impresión de ser *uno y el mismo*, siquiera en la medida en la que todos parecen ocuparse de un único e idéntico problema. Sucede, sin embargo, que ese problema —el problema del ser y el deber ser, para decirlo en dos palabras— descansa como los poliedros en una multiplicidad de caras y es susceptible, en consecuencia, de formulaciones harto distintas entre sí. Para citar tan sólo un par de ellas, su formulación más aséptica lo convierte en el problema de la posible conexión entre un juicio de hecho y un juicio de

valor en tanto que la más comprometida lo trasmuta en el de la posible conexión de la teoría con la praxis. No hay que decir que los filósofos analíticos —cuya característica obsesión lingüística les lleva a reducir aquel problema al de la conexión, comúnmente tenida por imposible, entre un «es» y un «debe»— acreditan una marcada preferencia por la primera formulación, más débil, y hasta una invencible reluctancia hacia la segunda o más fuerte de las dos que se acaban de mencionar. Si la prometida amnistía (!) me devolviese, tras de diez largos años de carecer de él, mi pasaporte, espero acudir el próximo otoño a un *Symposium on Facts and Values* organizado por la Fondazione Giorgio Cini de Venecia, de cuyos participantes no se podría decir con corrección, aunque resultaría tal vez halagador para más de uno, que representen a la «izquierda filosófica». Pero tampoco hay que pensar que ni la más auténtica izquierda filosófica, cualquiera que ésta pueda ser, detente el monopolio de las formulaciones fuertes. Ahí está sin ir más lejos el bizarro *Congresso Internazionale sul tema Teoria e Prassi* —organizado para las mismas fechas en Barcelona y Génova bajo los auspicios, entre otros, de la Fundación Balmesiana, que sí que da cobijo a distinguidos representantes de nuestra proverbial «derecha filosófica»— al que no me siento tentado de asistir por más que a su primera manga quepa hacerlo sin siquiera necesidad de pasaporte. Quienes repasen ahora las diversas formulaciones barajadas caerán, si no lo han hecho ya, en la cuenta del abolengo de nuestro problema, ramificado en linajudas tradiciones filosóficas con sus correspondientes clásicos a la cabeza: para no remontarnos a Aristóteles, aludamos a Hume, Kant, Hegel... y después, un después que —pasando por Marx en primer término— llega hasta nuestros días. Pues, a juzgar por lo apuntado más arriba, su actualidad está fuera de duda. El peligro, si acaso, es que se trate de un problema *excesivamente* actual. Pero el hecho de que «hasta los cuervos graznen acerca de él en los tejados», hipérbole que el bibliotecario Calímaco de Alejandría destinaba a los lógicos megárico-estoicos y para nada alude a nuestros escolásticos, no es obligatoriamente indicio de la descomposición académica de ese problema. Por lo menos en el sentido en el que, por encima o por debajo de sus inevitables tics academicistas, uno querría modestamente contribuir a replantearlo.

Cada uno de los trabajos que integran este volumen aparece fechado y he procurado conservarlo en su redacción originaria. De cuanto llevo dicho

se desprende que, si he procedido así, no ha sido por creerlos imperfectibles ni por considerarlos efemérides. Sencillamente me he apropiado de la fórmula de Gustavo Bueno, quien —preguntado un día por lo que salvaría de su obra filosófica de juventud— respondía con elegancia: «Con la fecha debajo, casi todo; sin la fecha debajo, casi nada». Por lo demás, es claro que la simple yuxtaposición de los trabajos no contribuye precisamente a liberar al libro en su totalidad de reiteraciones ni incoherencias. Por lo que se refiere a las primeras, sólo me cumple conceder que lamentablemente son tediosas (añadiendo que me daría por satisfecho con que no más que ellas lo fueran). En cuanto a las segundas, me limitaré a recordar que la contradicción estricta únicamente se establece entre proposiciones simultáneas pero no entre proposiciones sucesivas y que, en su totalidad, este libro pretende ser leído (es un decir) como un todo en evolución más bien que como un *totum revolutum*. Mas como, al discutir de estos asuntos con un colega a un tiempo vehemente y porfiado, mi interlocutor insistía en preguntarse si quien junta todas esas proposiciones en un solo volumen no se está comprometiendo con todas ellas a la vez (incluidas, por lo tanto, las contradictorias), quizás no esté de más que traiga a colación el comfortable aforismo de Emerson —«Las coherencias tontas son la obsesión de las mentes ruines»— que Asimov gusta de citar en sus relatos. Siguiendo su consejo, quien se vea asaltado en la lectura por la perplejidad de mi interlocutor podrá, si lo desea, escribir «¡Emerson!» al margen y pasar adelante sin cuidado.

Excepción hecha de algunos fragmentos del primero y tercero, y del último en su integridad, todos los trabajos de este libro han sido publicados con anterioridad, indicándose la procedencia a pie de página en sus respectivos encabezamientos. El último de ellos, inédito hasta ahora, habrá sido asimismo publicado cuando el libro aparezca y se ha beneficiado —en cuanto parte de una investigación más amplia sobre los orígenes y la herencia del positivismo— de una Ayuda de la Fundación Manuel Aguilar, cuya autorización para reproducirlo me place consignar. La dificultad de encontrar la mayoría de esas publicaciones, de las que ni yo mismo conservo en muchos casos separatas, podrá servir, supongo, para excusar la cuota de incremento de la polución cultural que proporcionalmente corresponda a esta su edición en forma de libro.

El capítulo de agradecimientos tendría que ser con mucho el más largo de todos. Creo haber aprendido algo, con absoluta seguridad bastante menos que lo que ellos trataron de enseñarme, de mis maestros, que lo fueron por orden cronológico Antonio Rodríguez Huéscar, Emilio Lledó, José Luis Aranguren, José Ferrater Mora y Carlos París. A pesar de nuestra escasa comunicación personal, debida a su prolongado exilio y a mi incurable anquilosis epistolar, debo decir que siempre me sentí estimulado por la labor, tantas veces pionera entre nosotros, de Miguel Sánchez-Mazas. Al dedicar este libro a Manuel Sacristán, he querido dejar constancia de la deuda que tanto yo como el resto de mi generación tenemos contraída con su ejemplo. A mi buen amigo Carlos Castilla del Pino le debo finalmente, además de no pocas sugerencias de índole estrictamente filosófica, unos cuantos consejos médicos muy útiles y no siempre de su especialidad como psiquiatra. Para colmo de bienaventuranzas, uno no sólo tuvo maestros sino también alumnos, de los que no es un tópico decir que creo haber aprendido bastante más que lo que pueda haberles enseñado a lo largo del agitado nomadeo que me llevó y me trajo en estos últimos diez años —a merced del humor más bien variable de las autoridades académicas de turno y del no tan variable de las extraacadémicas— por una serie de Departamentos, Facultades y Universidades del país. Aun sin por eso haberme sedentarizado, he batido todos mis récords de estabilidad en la de La Laguna, lo que me ha permitido mantener un intenso contacto con mis actuales compañeros del Departamento de Filosofía de la misma. Por no citar sino a aquellos a los que he tenido ocasión de importunar —mi importunidad, como se verá, es considerable— a cuenta de los temas tratados en el libro, estoy muy agradecido por sus observaciones y comentarios sobre el particular a Paco y Evangelino Álvarez, Gabriel Bello, Fernando Carbonell, José María Castro, Felipe Concepción, José María Chamorro, Andrea Dorta, José Luis Escohotado, Miguel Ángel Fernández Lomana, Alberto Galván, Emilio Guedes, José Carlos Guerra, Ana Hardisson, Juan Antonio Jaén, Humberto Mederos, Sarichi Miranda, Fabio Morales, Luis Ojeda, Pablo e Isabel Ródenas, Vicente R. Lozano, Jesús Sánchez, Cristóbal Soler, Sergio Toledo y Luis Vega. A Francis Seguí tengo que agradecerle especialmente, entre otras muchas cosas, el interés y la paciencia con que ha so-

brellevado la puesta a punto de todo el material, así como la decisión con que afrontó la dura prueba de familiarizarse con mi letra.

Una aclaración, para concluir, acerca del título de este libro. Se equivocaría quien pensase que pretende contrariar a Ernst Bloch, uno de los filósofos que más profundamente admiro de este siglo. Pero no deja de ser cierto que me separa de él la persuasión de que —por más que secularizada— la esperanza continúa siendo una virtud teologal y no siempre se alcanza sin el concurso de la gracia, pudiendo estar vedada en ocasiones a la impiedad de la razón. Y, ya que aludo a ello, me permito anunciar, como un acontecimiento fuera de lo común en nuestro medio, la inminente aparición en castellano de *El principio Esperanza*, en traducción —que se presume magistral, como todas las suyas— de don Felipe González Vicén, catedrático de la Universidad de La Laguna y patriarca de la filosofía en estas Islas. Al Profesor González Vicén quiero expresarle mi reconocimiento por las múltiples atenciones que de él he recibido y, sobre todas, por el inestimable regalo de su conversación. Pero también por el talante generoso y abierto —como no se podía esperar menos de un traductor de Bloch— con que está haciendo frente a las dificultades planteadas por nuestra naciente Sección de Filosofía durante su Rectorado, por fortuna provisional. Y digo por fortuna porque en algunas raras ocasiones hay personas que vienen grandes a ese cargo, cuando lo más normal y lo peor no es que ese cargo les venga grande a los Rectores sino que precisamente les quede a la medida.

En el momento de redactar estas líneas, los alumnos del Departamento de Filosofía —junto con el resto de sus compañeros de Sección— cumplen en la Universidad de La Laguna el vigésimo día de encierro en defensa de su derecho a continuar estudiando en Canarias. Que, en plena segunda mitad del siglo veinte, un tan crecido número de personas sea capaz de encerrarse durante tantos días para luchar por un derecho como el de estudiar filosofía es algo que a muchos no dejará de resultarles sorprendente. Pero, además de la sorpresa, puede asimismo despertar diversos otros sentimientos que, en mi caso, harán que —dondequiera que me encuentre en el futuro— no las olvide nunca.

JAVIER MUGUERZA
La Laguna, Fin de curso, 1976.

A punto de entregar el original a la imprenta, me llega la noticia de que el Profesor Aranguren —cuya injusta separación de la Universidad española tuve ocasión de lamentar en las primeras páginas de este libro— ha sido repuesto en su cátedra de Ética de la Complutense de Madrid. Con el retorno de Aranguren —en unión de los Profesores Tierno Galván, García Calvo, Valverde y Sacristán— se cierra, me gustaría poder creer que para siempre, un capítulo sombrío y vergonzoso de nuestra vida universitaria. Quiero sumarme aquí a la alegría de todos aquellos a quienes en España importa la causa de la filosofía —a cuya militancia no es ajeno ninguno de los cinco— y, por lo pronto, la nunca demasiado bien parada —salvo en ocasiones como ésta— de la ética.

JAVIER MUGUERZA
Santa Cruz de Tenerife, 1-VIII-76

Prólogo a la segunda edición

Quisiera aprovechar la oportunidad de este prólogo a la segunda edición de *La razón sin esperanza* para agradecer, ante todo, las críticas recibidas por el libro. He aprendido mucho, de entre ellas, de las observaciones y comentarios procedentes de José Luis Aranguren, Gabriel Bello, Victoria Camps, Pedro Chacón, Alfredo Deaño, Nicolás Martín Sosa, Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, Salvador Giner, Esperanza Guisán, Alain Guy, Pilar Jimeno, Vidal Peña y Fernando Savater. En el caso de Alfredo Deaño concurre la circunstancia, profundísimamente triste para mí, de haber sido su crítica de mi libro la última que publicara en vida aquel gran compañero y gran amigo.

Cuando apareció este libro por primera vez, me cuidé de advertir que hacía míos los trabajos recogidos en él únicamente en la medida en la que cada uno llevaba consignada la fecha de su redacción. A mayor abundamiento, eso es lo que tendría que decir ahora del libro en su conjunto con motivo de la presente reedición. Y si me viese en la necesidad de aclarar, y de aclararme, qué es lo que más lo aleja de mi estado de ánimo actual, añadiría que acaso sea un asunto de «estilo filosófico», que —como suele decir Ferrater Mora— tiene que ver no sólo con la «estética» sino también con la «noética».

Uno de aquellos críticos insinuó en su día que el libro, pese a su declarada actitud de reserva ante la historia más o menos reciente de la filosofía analítica, seguía todavía siendo demasiado analítico para su gusto. A lo que solamente pude responder que también seguía siéndolo para mi propio gusto y

que ése es un padecimiento de los que no se curan, si es que se curan, sino con el tiempo. No sé si el transcurrido desde entonces habrá obrado o no un suficiente efecto en tal sentido. Lo cierto es, desde luego, que no pocas de las cuestiones con que me encarnizaba en estas páginas tienden a parecerme hoy un tanto banales y que, con demasiada frecuencia, mi tratamiento de las mismas me temo que resulte insufriblemente pedante. Pero también es cierto que algunas de esas cuestiones continúan pareciéndome importantes; y quisiera confiar en que, aun si mi manera de tratarlas no se halla a la altura de su importancia, lo porfiado del empeño por hacerlo de la mejor manera que he podido consiga disculpar su ocasional pedertería.

Por lo demás, confío asimismo en que no haya necesidad de considerar a este libro —que, parodiando a Ortega, me gustaría poder calificar de «no demasiado postmoderno» aunque «bastante siglo veinte»— como precursor de lo que se ha dado en llamar «la jerga de la desesperanza». Cualquiera cosa que sea lo que se quiera entender por postmodernidad, la entrada en esta última no tiene por qué equivaler al abandono a la desesperación, si bien quizá sea inevitable el acompañamiento de la melancolía. Pero por más que las lanzas de la moderna racionalidad no pasen muchas veces de ser frágiles cañas, creo sinceramente que aún cabe romper alguna que otra en pro de la razón, moderna o no.

En el prólogo a la edición anterior se anunciaba que la publicación del libro sería seguida de la de otros dos que con éste formaban una trilogía. El caso es que ambos libros se hallan acogidos de momento al patrocinio de la American Procrastinaters Association, cuyos estatutos imponen, según es bien sabido, una considerable dilación en la elaboración del material patrocinado. Entretanto, y en la línea de las preocupaciones éticas que movieron al primero de la serie, ha ido surgiendo un nuevo libro cuya aparición en esta misma Colección espero para pronto: su título es *Desde la perplejidad*, y está efectivamente escrito desde ella, pues en lo que a este punto se refiere —diferencias estilísticas aparte— no creo haber mejorado mucho, qué le vamos a hacer, en el transcurso de los últimos años.

JAVIER MUGUERZA
*Liberty, North Carolina, U.S.A.,
Junio de 1985*

Prólogo a la tercera edición

A lo largo del casi cuarto de siglo que media entre la última edición de *La razón sin esperanza* y ésta que estoy ahora prologando, he tenido ocasión de rechazar no menos de tres veces otras tantas invitaciones a reeditar el libro, rechazo que se basaba en el convencimiento de que su hora había pasado sin remedio. Pero el caso es que —como prueba de que después de todo, y al margen de lo que piensen sus autores, *habent sua fata libelli*— la empeñosa solicitud de un grupo de amigos ha acabado venciendo mi resistencia. A ellos, algunos de los cuales figuran sin tapujos en el cuadro editor de la acreditada colección *Theoria cum Praxi*, traspaso enteramente la responsabilidad por la suerte de esta nueva edición, aun si acompañándola, pues no faltaba más, de mi agradecimiento.

En el Prólogo a su segunda edición taché a este libro de pedante entre otros improprios, pero hoy caigo en la cuenta de que nada hay probablemente tan pedante como confundir la ingenuidad con la pedantería: el texto que sigue peca sin duda de ingenuo en no pocos pasajes, pero la etimología de tal vocablo —que asocia una culposa candidez a la condición de «nacido libre», algo que desde luego reivindicó para mi libro— convertiría a dicho cargo en un pecado venial frente al mucho más grave, por no decir

mortal, del engreimiento comúnmente asociado a la pedantería, respecto del cual quisiera hacerme la ilusión de que no hay rastro entre sus páginas.

En el mentado Prólogo, al igual que en el de la primera edición, se hablaba de un par de libros —*A ciencia incierta* y *De lo divino y lo humano*— que podrían haber acabado formando con éste «una trilogía» pero se han desligado finalmente de él. Ambos libros aparecerán en su momento, bajo los respectivos subtítulos de *Ensayos de ética y filosofía de la ciencia* o *Ensayos de ética y filosofía de la religión*, en compañía de otras recopilaciones de ensayos ya publicados sobre «ética y... » (filosofía del derecho, filosofía política, etcétera). Pero lo que más me ha animado a reeditar *La razón sin esperanza* es la innegable conexión filogenética que guarda con otro libro mío asimismo anunciado por entonces, *Desde la perplejidad* (1990; 4ª ed., 2006), conexión ésa subrayada por más de un comentarista. Y si se me tolera mi afición a las tríadas (que nada tienen que ver, en cualquier caso, con «tríadas hegelianas» o cosa parecida), añadiré que aquella conexión se prolonga en el libro en que me hallo ahora trabajando y llevará por título el no menos optimista de *La ética a la intemperie*, constituyendo con los dos anteriores, esta vez sí, *Una trilogía ética*. De acuerdo con el aludido *phylum*, el nuevo libro —provisionalmente subtulado *Acerca del uso moral de la razón*— persevera en la concepción de la filosofía, concretamente la filosofía moral, como *meditatio rationis*, y abordará, entre otras, cuestiones tales como la de la correspondencia entre «acción y razón práctica» o la del tránsito del «paradigma de la racionalidad» al «paradigma de la razonabilidad» en aquella última, además de la relativa a lo que se podría llamar, alarmanamente quizás, «el horizonte metafísico de la ética».

El tiempo es corto y larga la tarea, pero —como suele decirse— nada de ello importa mucho mientras el ánimo no decaiga.

JAVIER MUGUERZA
Las Rozas de Madrid,
Otoño del 2008